

Amigos y maestros

Cuatro psicólogos franceses

Paris, 1906.

Todo el mundo se cree psicólogo. Cualquier amable conversador de salón improvisa en menos que canta un gallo la «psicología» de un suceso de actualidad, ya sea un accidente de automóvil ó la renuncia de un ministro, un motín militar ó un adulterio aristocrático. El más zurdo periodista se atreve á escribir la psicología de cualquier cosa: del chisme, de la educación, de la bicicleta, de una época histórica, de una intriga de bastidores. Surgen psicólogos doquiera y todas las cuestiones acababan por tener una psicología.

Conviene, empero, distinguir psicólogos de psicólogos y psicologías de psicologías. En las clínicas y en los laboratorios, por ejemplo, se cultiva un género que no es precisamente el que repunta en las charlas de sobremesa mundana.

Las funciones del espíritu, atribuidas otrora al alma, principio inmaterial é intangible, han entrado en el dominio de la fisiología. El sistema nervioso, especializado para sintetizar las sensaciones y dirigir los movimientos de todo el orga-

nismo animal, es el complicado engranaje de los fenómenos que antes constituían las tres facultades autónomas del alma: inteligencia, sentimiento y voluntad.

El principio biológico de la división del trabajo ha producido en el sistema nervioso diversas diferenciaciones funcionales. La médula se encarga de las reacciones simples y directas; la corteza cerebral de las reacciones más complejas é indirectas. Entre la médula y la corteza cerebral existen centros nerviosos encargados de las reacciones intermedias, cuya coordinación no puede hacer la médula ni requiere la intervención de la corteza.

Las funciones psíquicas son las más complicadas del animal viviente. Para estudiarlas se necesitan nociones generales de biología y conocimientos especiales de fisiología cerebral. Su estudio—objeto de la psicología—entra en el dominio de los fisiólogos y requiere el concurso de sus métodos experimentales y de observación.

Pero eso no es todo. Ha podido advertirse que las diversas enfermedades cerebrales producen alteraciones, disociaciones é involuciones de la actividad mental, destruyéndola ó desviándola, total ó parcialmente. El estudio de esos trastornos permite inferir datos preciosos acerca de las funciones normales; de ahí que para estudiar psicología, además de ser fisiólogo conviene ser médico. Los estudios del laboratorio deben complementarse con los de la clínica. El resultado convergente de esa labor bilateral constituye la psicología biológica, única digna del nombre de ciencia; su campo de investigaciones no se limita á la «inteligencia» humana, pues abarca las funciones psíquicas de todos los seres vivos.

Existe otra labor cuyo mérito filosófico ó lite-

rario es indiscutible y cuyas conclusiones no desprecia la ciencia: es la practicada por los hombres geniales ó de talento que se dedican á la observación empírica del alma humana, á la introspección psicológica ó á la síntesis metafísica de los conocimientos adquiridos fuera del laboratorio y de la clínica. Shakespeare fué el más genial de los psicólogos empíricos. Exceptuados esos grandes observadores de caracteres humanos, queda una legión de aficionados inofensivos cuyas opiniones pasan inadvertidas para la psicología científica, aunque pueden ser interesantes para la crítica filosófica y literaria.

La psicología tiende, pues, á ser el patrimonio de los sabios especializados en el estudio de las funciones del sistema nervioso: el psicólogo debe ser, á la vez, un experimentador y un clínico. Estas dos condiciones pueden estar reunidas en ciertos médicos: por eso, en todas las universidades modernas, la enseñanza de la psicología suele ser confiada á médicos y se lleva á cabo según los criterios comunes á la enseñanza fisiológica y clínica.

En Francia es cultivada con interés. Hemos presentado á algunos de sus más distinguidos investigadores: trazaremos aquí las siluetas de otros colegas eminentes.

*
*
*

El curso oficial de psicología se dicta en el Colegio de Francia. Hasta hace algunos años dictaba esa cátedra Ribot, amigo gentilísimo y bastante paternal. No es del todo solemne; si lo fuera tendría bien ganada su solemnidad, pues fué sembrador proficuo y maestro fecundo. Cuando pidió su

jubilación planteóse un verdadero conflicto. Los candidatos para sucederle fueron Pierre Janet y Alfredo Binet.

Janet tiene mayor preparación clínica, su cultura médica es grande, ha descollado en el estudio de las enfermedades nerviosas y mentales, posee excelentes condiciones de expositor y cuenta varios libros en su haber intelectual. Binet es más hombre de laboratorio, su erudición es vasta, prefiere las investigaciones de psicología pedagógica, es de una dedicación ejemplar y ha escrito libros muy estimados. Janet es más clínico y mejor conferenciante; Binet es un experimentador más diestro. La ventaja de este último para suceder á Ribot consistía en que vive consagrado á sus tareas experimentales, mientras que Janet se reparte entre la ciencia y el ejercicio de la medicina sobre una vastísima clientela.

La elección era indecisa: cada uno de los postulantes tenían su grupo de amigos y adversarios. Se optó por aplazar la provisión de la cátedra. Pero Janet quedó provisionalmente á cargo de ella, lo cual significaba estar ya con un pie en tierra firme. Uno ó dos años más tarde, cuando llegó la ocasión del nombramiento definitivo, Janet fué designado sucesor de Ribot, obteniendo un voto más que Binet, el cual ha quedado como director del laboratorio de psicología experimental. Cada uno en su sitio.

Nuestro amigo Th. Ribot, que nos ha referido estos entretelones mientras corregíamos pruebas en la librería de Alcan, no tomó partido por ninguno de ellos. Ambos le parecían dignos de sucederle, aunque desde puntos de vista diferentes. La competencia clínica de Janet se equilibraba por la competencia experimental de Binet; las dotes

de expositor brillante del primero se compensaban por la dedicación exclusiva del segundo á la ciencia.

* *

Janet es un hombre entre los cuarenta y cinco y cincuenta años, de buena presencia, humor risueño, conversación agradable y exquisita amabilidad.

Sus estudios clínicos sobre la histeria, las obsesiones y las ideas fijas, son de primerísimo orden. Ha complementado el cuadro de las neurosis creando el tipo clínico de la «psicastenia», enfermedad que participa de algunos caracteres de la neurastenia clásica, de la histeria y de las locuras parciales, aunque sin confundirse con ninguna de ellas. Su concepción es original é interesante; puede aceptarse ó no, pero es digna de la mayor atención y señala una etapa considerable en el desenvolvimiento de la psicología clínica.

Como profesor posee en alto grado las cualidades brillantes que caracterizan á los maestros de la escuela francesa; su elocuencia es nítida y fácil, siempre agradable, á menudo convincente. Prefiere tratar temas de psicología clínica, en los cuales desarrolla vistas originales y demuestra una cultura no común. La experimentación normal, la psicología introspectiva, sus relaciones con la filosofía y la sociología, las aplicaciones prácticas de su ciencia á la pedagogía, la criminología y otras ramas afines, no tienen en sus cursos toda la amplitud que merecen. Verdad es que una sola cátedra no puede abarcar todo. Podría enseñarse cada año una parte distinta, pero sería en perjuicio de la especialización que constituye la indiscutible superioridad de este profesor.

Para complementar su enseñanza, Janet tiene un consultorio extremo en la Salpêtrière, anexo al servicio de Raymond, el sucesor de Charcot. Por allí desfilan docenas de enfermos interesantes: voluntades rotas en la lucha por la vida, pasiones obsesivas hasta el suicidio, preocupaciones que engendran ideas fijas, pérdidas de la memoria y de la atención, toda la gama de espíritus atormentados por la herencia, por las intoxicaciones, por las fatigas del vivir. Ese extraño kaleidoscopio del desequilibrio mental, aunque sus formas son menos trágicas que la locura misma, posee mayor interés para el observador y el analista.

Digamos, al pasar, que Francia aplica este principio: para tener buenos profesores hay que pagarles bien. La cátedra debe dar para vivir; de otra manera los profesores no se dedican á ella, á menos de creer que la ciencia debe ser un privilegio de los rentistas, un sport de gente rica, lo mismo que el tennis ó el automóvil. En la Argentina el profesorado universitario es un adorno ó una ayuda de costas, pero no una carrera. Janet gana 1.500 francos mensuales; en relación al costo de la vida equivalen á 1.500 pesos en Buenos Aires, donde los profesores de esa misma cátedra tienen la flaca perspectiva de ganar 300 ó dedicarse á otras cosas.

* *

Georges Dumas enseña psicología experimental en la Sorbona, donde esta cátedra es suplementaria. Es de la misma generación que Janet, y también médico especialista de enfermedades nerviosas y mentales.

Diserta con una corrección y claridad sorprendentes; realiza el tipo mental del orador universi-

tario. En las discusiones posee una rápida comprensión del asunto: en las sociedades científicas brilla por su ingenio y su disciplina intelectual. Para completar su tipo, agréguese una ilustración vastísima, una gentileza efusiva y una infatigable laboriosidad.

Sus estudios sobre los estados intelectuales en la melancolía, la mentalidad de Augusto Comte y de Saint Simón, la tristeza y la alegría, etc., revelan un talento superior. Cultiva con igual éxito los trabajos clínicos y los experimentales, trabajando en el asilo de Santa Ana, donde tiene su clínica nuestro colega Magnan.

Su último libro, aparecido este año, estudia la psicología, fisiología y patología de la sonrisa, tema que desarrolla en 160 páginas llenas de interés. Al leerlo acudieron á nuestra memoria algunas observaciones de Eduardo Wilde sobre la risa, expuestas en su ingeniosa monografía sobre el hipo, y la tesis no menos interesante presentada por Enrique Prins á nuestra Facultad de Medicina.

Junto con Janet, Dumas dirige la mejor revista de psicología normal y patológica, complementaria de la revista filosófica dirigida por Ribot. Hacia ella converge el trabajo de los maestros de ambos mundos, y su circulación es tan respetable, que sus colaboradores habituales ganamos cinco francos por página, escrupulosamente pagados por el editor Alcan. Es una práctica que deberían adoptar las revistas científicas argentinas; les aseguraría excelente colaboración, y por ende mayor clientela.

Henri Pieron

En el Congreso Internacional de Psicología celebrado en Roma en 1905, llamó nuestra atención un joven de aspecto nada vulgar. Alto, robusto, ojos de místico, gran melena, barba copiosa, una fisonomía oscilante entre la de un Cristo clásico y la de un conspirador nihilista. En París lo encontramos en varias sociedades científicas, y pronto trabamos amistad muy cordial.

El doctor Henri Piéron es uno de los jóvenes mejor conocidos en el mundo científico, aunque sólo pesa sobre sus hombros una treintena de años. Su actividad intelectual es continua, considerable y eficaz.

Entre sus mejores cualidades señalaremos la amplitud de su horizonte mental y la claridad de sus vistas sintéticas. Le interesan por igual todas las ciencias fisiconaturales, biológicas y sociales; está al día en todo orden de conocimientos. Tiene ideas generales bien definidas, orientadas según el criterio del determinismo evolucionista, las que le permiten intervenir en cualquier debate y lucir aptitudes dignas de encomio.

Bajo su aspecto apacible, casi nazareno, palpita con vigor una juventud entusiasta. Cuando toma parte en alguna discusión parece caldearse, acelera el curso de su dicción, la acompaña con gestos expresivos, se apasiona por el tema y por la gimnasia de la argumentación. Aun no padece del im-

placable escepticismo en que suelen rematar muchos hombres de ciencia.

Trabaja en el laboratorio de Psicología Experimental instalado en el manicomio de Villejuif; como investigador es, á un tiempo mismo, hombre de ciencia y hombre de conciencia.

Conoce el español y dedica atención preferente á los trabajos científicos hispanoamericanos. Nos ha complacido oírle repetir que en la Argentina se produce más y mejor que en todos juntos los demás países de habla castellana.

Max Nordau

Si el escritor subyuga, el hombre no le va en zaga. Posee la fuerza y la gracia, la densidad y el brillo. Si fuera loco podría escribir poemas filosóficos dignos de Schopenhauer y de Nietzsche; si poeta, odas de Carducci; circunstancias especiales habrían hecho de él un *Silvestre Bonnard*, miembro del Instituto; si fuera superficial, escribiría libros dignos de Tarde. Pero es otra cosa.

Las canas rodean completamente su fisonomía, como un halo: es una característica astral. Podría deducirse que tener talento equivale á ser un astro. Las canas parecen una revancha del tiempo contra su organismo que no envejece; Nordau está joven como sus ideas, sonriente como sus ironías, vigoroso como sus paradojas. En su amabilidad exquisita, la afectuosa bondad de un primogénito y la supe-

rioridad cortés de un maestro se combinan con la amistosa confianza del camarada. Frecuentar á este hombre es uno de los mayores atractivos intelectuales que nos ha ofrecido París; cada visita es un regodeo y una lección. Este juicio, ¿es un simple exponente de afinidad intelectual? ¿Es un homenaje de discípulo? Ambas cosas pudieran ser, sin que la afinidad implique una pretensión de equivalencia y sin que el discipulado involucre modestias de glosista ó imitador. La afinidad resulta de la orientación científica y del procedimiento intelectual; discípulo es todo el que ha venido después de un maestro, aprovechando lo que éste aprendió por sí mismo. Un imitador no es un discípulo; el que imita no es nada ni es nadie: es un hombre que no existe.

* * *

En la rue Leonie, detrás de la estación Saint-Lazare, en un barrio que no es precisamente el frecuentado por los monarcas extranjeros, este monarca de la fama internacional habita una casa de aspecto modesto, más bien pobre que rica, si hemos de respetar la clasificación consuetudinaria. La primera vez que le visitamos, los breves minutos de espera fueron de curiosidad femenina, casi infantil. Una sala como las más, escasamente iluminada; los rincones de penumbra y algunas fruslerías inesperadas hacían pensar en cosas de antaño, como si esa vivienda fuera la de un gran señor feudal arruinado. En las paredes algunos cuadros, difíciles de ver; la media luz nos dejó leer en uno de ellos la firma de Raffaelli: nos pareció comprometedor en casa del autor de *Degeneración*. Muebles suficientes, aunque fuera de moda; diríase que

se extiende hasta el mobiliario su horror por el *art nouveau* intelectual. Varios objetos de arte, esparcidos al desgaire, parecen fatigados por una monótona exhibición de muchos años y esperan pacientemente la caricia afectuosa de algún anticuario. Sobre una mesa de tres pies, muy apropiada para entretenimientos espiritistas, descansa un puñal filoso, un puñal de verdad; podría tener historia, ser el de Junio Bruto ó el de Carlota Corday, pero lo ignoramos. En un ángulo, frente á dos ventanas, se pavonea un piano de cola, cuyo aspecto no presagia sonoridades muy efusivas; parece estar diciendo: «Mirame y no me toques», como las bellas formas de las elegantes parisienses. Ese es el preámbulo para ver á Nordau, el hombre admirado por muchos, injuriado por tantos, discutido por los demás. Muy discutido, sobre todo, como hombre que tiene talento original y cultura vastísima. Esto es lo mejor de su espíritu: la erudición completa, proyectada por igual en las ciencias, en las artes y en la vida, comparable con la que Carlyle atribuía á su «señor Teufelsdröckh», que era un tesoro acaso irregular, pero inagotable como el del rey Nibelungo, que no podían llevar doce vagones en doce días, al paso de tres jornadas por cada uno.

Antes que nosotros habían llegado un par de hombres, al parecer judíos. La raza les desbordaba por todos los ángulos y curvas de la fisonomía; no emanaba ningún olor étnico, no obstante la especie difundida por Drumont. Sobre el uno habían corrido ya veinte años; sobre el otro treinta y seis y algunas semanas.

El más joven lucía uno de esos perfiles que ilustran los libros idiotas de Mad. Gyp, muy leídos por los analfabetos durante la crisis de judiofobia que complicó la cuestión Dreyfus. Gastaba guantes

averiados, cabe suponer que por el uso. Merecía llamarse Moisés ó Salomón. Si no profesor de «esperanto», su fisonomía denunciaba que era copista á máquina, sin empleo; ello no impedía ser estudiante—pues todos lo son—y acaso propagandista de alguna liga contra el alcohol, el tabaco, las malas costumbres ó la tuberculosis.

El otro se nos figuró ornitólogo ó presidente de algún lejano comité sionista, venido á París á fin de consultar al sabio sobre un milésimocuarto proyecto de reorganizar la nacionalidad. Pues, dicho sea de paso, Nordau, como todos los hombres, tiene su laguna mental: cree en el sionismo, es decir, en un «ismo» de tantos.

Estábamos fantaseando estas y otras inducciones cuando vimos cruzar en el interior de la casa una delicadísima figura, que igual podría tener diez y ocho ó veinte años, la edad de amar y de soñar. Fisonomía de inteligencia inequívoca, gracia natural y discreta, ojos llenos de intención, capaces de hacer abjurar de su fe al católico más convencido.

La primera tarde no vimos más. Sonó una campanilla; la maritornes poliglota nos acompañó hasta el bufete del sabio. Subimos una breve escalera y nos encontramos frente al hombre.

* * *

Entre la blancura homogénea de las canas tiene su guarida el más amable sonreír. Nordau ha sido un hombre dichoso, verosímilmente. La expresión fisionómica suele ser determinada por los músculos que funcionan con más frecuencia. Todo hombre en quien predomina el hábito de reír y de sonreír ha sido sano, y por consiguiente bueno, laborioso y feliz. La mueca jovial y la mueca trágica son los